

**Juan José Silvestre. *San Josemaría y la liturgia. Apuntes biográficos, teológico-litúrgicos*. Madrid, Rialp, 2025, 302 pp.**

Para quienes vivimos el espíritu de la Obra fundada por san Josemaría y cultivamos un interés por la liturgia, la publicación de este libro representa la realización de un anhelo largamente esperado: ver reunidas sus enseñanzas en materia litúrgica. El cumplimiento de ese deseo ha sido posible gracias a este trabajo del profesor Juan José Silvestre.

El autor cuenta con una sólida trayectoria académica y una experiencia litúrgica de primer nivel. Ha sido profesor en dos universidades, consultor del Dicasterio para el Culto Divino y la Disciplina de los Sacramentos, colaborador de la Oficina de Celebraciones Litúrgicas del Sumo Pontífice, y maestro de ceremonias del anterior prelado del Opus Dei. A ello se suma su acceso a materiales inéditos del fundador, lo que otorga al presente libro un valor excepcional.

Este último aspecto resulta especialmente atractivo. Es conocido que Josemaría Escrivá, siendo aún un joven sacerdote, había prometido escribir un libro titulado *Devociones litúrgicas*, que nunca llegó a ver la luz. Gracias a esta investigación, podemos por primera vez acercarnos a los materiales preparatorios de aquel proyecto y a sus primeros bosquejos.

El libro que estamos presentando sigue fielmente la estructura que promete su título. Comienza ofreciendo una visión contextual tanto del santo como del ambiente eclesial de su tiempo, en especial en lo que respecta al movimiento litúrgico y al Concilio Vaticano II, para luego desarrollar con detenimiento diversas consideraciones teológico-litúrgicas extraídas de sus enseñanzas.

El primer capítulo introduce al lector en la vida del santo mediante un breve recorrido biográfico, que se centra especialmente en sus años de seminario, su ordenación sacerdotal y los inicios de su ministerio, coincidiendo con el periodo de fundación del Opus Dei.

Particularmente interesante resulta la descripción de las influencias que recibió del movimiento litúrgico, del que conoció a algunos de sus exponentes a través de libros y revistas especializadas. Por ejemplo, a Romano Guardini lo descubrió mediante su célebre obra *El espíritu de la liturgia*. Entre los autores españoles vinculados a dicho movimiento, varios no solo le eran conocidos por sus escritos, sino también por contacto personal o correspondencia, como es el caso de Germán Prado y fray Justo Pérez de Urbel.

El profesor Silvestre, buen conocedor del movimiento litúrgico, se esfuerza por mostrar los puntos de convergencia entre las enseñanzas de san Josemaría y las ideas promovidas por aquel. La tarea no es sencilla, pues, como explica en palabras de Gutiérrez-Martín, en sus obras «no encontramos ninguna reflexión sistemática acerca del ser de la liturgia, pero sí una antropología litúrgica —o, si se prefiere, una vida cristiana de matriz litúrgica— nacida de la experiencia de quien todavía era, por entonces, joven sacerdote». Tarea fácil, si lo vemos desde otro punto de vista, porque las referencias que hace a la vida litúrgico-sacramental como fuente de vida espiritual para el cristiano son claras y patentes.

Más que un teórico, san Josemaría Escrivá fue un verdadero practicante y promotor de la participación de los fieles en la liturgia. Fomentó el uso de la Misa dialogada, el canto litúrgico y la Comunión dentro de la celebración eucarística, especialmente entre los universitarios que lo conocieron en aquella época y los primeros fieles del Opus Dei. Asimismo, al establecer los primeros centros de la Obra, dio criterios precisos para el diseño de los oratorios, subrayando la centralidad del altar y de la Cruz, la dignidad de los ornamentos litúrgicos, etc.

El segundo capítulo aborda el periodo del Concilio Vaticano II. Juan José Silvestre nos presenta una breve reseña sobre su preparación y sobre la promulgación de su primera constitución, *Sacrosanctum Concilium*, dedicada a la sagrada liturgia. Este documento representa el fruto maduro de un largo proceso eclesial por renovar la vida litúrgica y acercarla al pueblo cristiano, para revitalizar así su vida espiritual.

Aunque monseñor Escrivá no participó ni como padre conciliar ni como perito, en sus homilías y escritos se encuentran anticipaciones y desarrollos de muchos de los principios teológicos que el Concilio hizo suyos. Su comprensión de la liturgia está impregnada además del carisma que recibió de Dios: promover la santidad de todos los fieles en medio del mundo, a través de la vida ordinaria. Para él, la liturgia es una realidad presente y vital en el cristiano que ha de santificarse a través de una vida llena de realidades familiares, sociales, laborales, etc.

Entre sus enseñanzas centrales destaca la filiación divina, que fundamenta la participación en la vida íntima de la Trinidad y favorece un trato amoroso con cada una de las Personas divinas. Esta vida teologal encuentra en la Santa Misa su centro y raíz, y se prolonga durante el resto del día, transformando la jornada entera en una Misa que dura veinticuatro horas. El profesor Silvestre dedica páginas profundas a la exposición teológica de estos aspectos, siempre vividos y enseñados por san Josemaría desde su experiencia espiritual.

En cuanto al periodo posconciliar, tan caracterizado por experimentaciones litúrgicas a menudo discutidas, el libro no se detiene en análisis deta-

llados. Más bien destaca el esfuerzo del fundador por promover, mediante su ejemplo y sus indicaciones, un espíritu de obediencia a las nuevas normas litúrgicas. Lo hizo con fidelidad, pese a que, en lo personal, había arraigado profundamente su vida espiritual en las formas litúrgicas previas a la reforma.

El tercer capítulo presenta la explicación mistagógica de la celebración eucarística que hace san Josemaría, quien usando la expresión «aprender en la Misa a tratar a Dios» expresaba el convencimiento de que los ritos litúrgicos tienen verdaderamente un valor pedagógico para el creyente.

Las principales fuentes de esta mistagogía son la homilía La Eucaristía, misterio de fe y de amor, pronunciada el Jueves Santo de 1960, y el material recopilado para el proyecto inconcluso del libro Devociones litúrgicas. A ellas se suman otros textos publicados y numerosos testimonios sobre su modo de celebrar la Misa, que reflejan una catequesis viva y encarnada.

En esta larga catequesis se pueden ver en acto todas las consideraciones teológicas y teologales sobre la liturgia a las que nos hemos referido anteriormente. De manera especial, el hecho que, para este santo sacerdote, la participación no ha de ser solo plena, activa y consciente —según los criterios del Vaticano II—, sino fundamentalmente amorosa.

Aunque se pueden rastrear influencias de otros autores de la época —como Alcócer, Maesano, Parsch o Vendrell—, destacan sus aportes originales. De hecho, en varios puntos se distancia tanto de los manuales teológicos como de la praxis litúrgica dominante en su tiempo, alineándose más bien con las intuiciones del movimiento litúrgico, tal como se señaló anteriormente.

De manera muy sintética se anima a afirmar Silvestre que «lo que es más propio del santo, es la unión celebración eucarística y vida, así como el carácter personal, vivencial, de amor, que el autor anima a manifestar en la Misa, a través de los gestos y palabras». De hecho, ya anteriormente había remarcado que «el amor es una de las diferencias notables que encontramos en los comentarios del santo a la Santa Misa».

Hacia el final del libro, el autor concluye con una valoración rotunda: «san Josemaría ha sido un enamorado de la liturgia». Para sus hijos espirituales, es una alegría poder afirmarlo con este estudio en mano, que confirma con razones concretas aquello de lo que fueron testigos el beato Álvaro del Portillo y monseñor Javier Echevarría, que vivieron junto a él tantos años, así como muchos fieles del Opus Dei, y otras tantas personas ajenas a la Obra que también se beneficiaron de su ministerio sacerdotal.

Si bien su legado no se ha concretado en una obra sistemática sobre la liturgia, sí se ha hecho patente en la manera cómo vivió e impulsó a que otros vivieran la sagrada liturgia. Su aporte se vuelve particularmente interesante

para quienes tienen que vivir su encuentro santificante y santificador con Dios a través de la secularidad. A ellos les propone «un camino espiritual que tiene por fundamento la celebración de la liturgia». Redescubrir este aspecto me parece un desafío muy interesante e importante no solo para los fieles del Opus Dei, sino para todas las personas que viven una espiritualidad laical.

Cabe señalar que todavía quedan muchos aspectos por explorar en este campo. El propio autor alude al lugar privilegiado que san Josemaría daba al Bautismo, sacramento que nos incorpora a la filiación divina y nos habilita para rendir culto a Dios en clave existencial y sacramental. Pero, lamentablemente, parece que no se conservan comentarios suyos a los ritos litúrgicos bautismales.

Algo similar puede ocurrir con el sacramento de la Reconciliación, que no aparece mencionado en el libro, pero que es conocido que el santo tenía en gran estima. Con frecuencia aparecen referencias en su predicación, tertulias y catequesis. Según numerosos testimonios, acudía al sacramento de la Penitencia semanalmente, e incluso con mayor frecuencia, siempre con una actitud de asombro y gratitud ante el amor de un Dios que perdona.

Respecto a la Liturgia de las Horas, rezada siempre con estima y provecho por san Josemaría, aunque en el índice de su proyecto Devociones litúrgicas encontramos referencias a la oración de Prima y de Completas, el autor no indica si llegaron a existir fichas con comentarios sobre estos puntos. Lo mismo sucede para la exposición y bendición con el Santísimo, que es una práctica habitual en los centros del Opus Dei, y también es el caso del canto litúrgico, que consta por otras fuentes que desde el comienzo incluyó en el plan de formación cristiana que ofrecía a los jóvenes que frecuentaron las primeras residencias.

Vale la pena destacar, asimismo, su sensibilidad hacia el año litúrgico. En sus homilias, especialmente en el volumen *Es Cristo que pasa*, se recorre el ciclo de los tiempos litúrgicos y las principales fiestas, al compás de lecturas, oraciones, antífonas, himnos y secuencias tomados directamente de fuentes litúrgicas principales, como el Misal Romano y el Breviario. La riqueza de estas páginas contribuye a evidenciar su profundo conocimiento y amor por la liturgia de la Iglesia.

Quisiera terminar con una cita del santo que aparece en varias ocasiones a lo largo del libro: «No olvidéis que vida litúrgica es vida de amor; amor a Dios Padre, por Jesucristo en el Espíritu Santo, con toda la Iglesia, de la que tú formas parte». En mi opinión, estas palabras, tomadas de su predicación, expresan con claridad meridiana la hondura de su pensamiento litúrgico, en total sintonía con el Concilio Vaticano II y con el carisma que recibió como fundador.

Carlos E. Guillén